



Después de todo, Galicia es el país en que menos dotes para doncellas se han establecido, señal de que de antiguo ha sabido la gallega ganarse la vida por sus manos.

Manuel Murguía

LA GALLEGA

Por: *Dna. Emilia Pardo Bazán*

LA GALLEGA

Este artículo es un dos cuatro representantes da tipoloxía feminina galega incluídos por Faustina Sáez de Melgar na colección iberoamericana *Las mujeres españolas, americanas y lusitanas pintadas por sí mismas...* (Biblioteca Hispano Americana, Barcelona, Tip. de Juan Pons, s.d.), con ilustracións de Eusebio Planas datadas entre 1880 e 1882.¹

DESCRIBIOLA a maravilla la musa del gran Tirso². La bella y robusta serrana de la Limia³, amorosa y dulce como una tórtula para quien bien le quiere⁴; colérica como una brava leona ante los agravios⁵, aún hoy se encuentra, no sólo en aquellos riscos, sino en toda la región cántabro-galaica. No obstante, región que es en paisajes tan variada, tan accidentada en su topografía, que tiene comarcas enteramente meridionales por su claro cielo, otras que por sus brumas pertenecen al Norte, manifiesta en su población la misma diversidad, y posee tipos de mujeres bien distintos entre sí, marcados en lo moral y en lo físico con el sello de las diferentes razas que moraron en el suelo de Galicia, que lo invadieron o lo colonizaron. Celtas, helenos, fenicios, latinos y suevos vivieron en él, y sus sangres, mezcladas, yuxtapuestas, nunca confundidas, se revelan todavía en los rasgos y apostura de sus descendientes. Pero hay un tipo que domina, y es el característico de todos los países en que largo tiempo habitó la noble raza celta: el de Bretaña e Irlanda⁶. Donde quiera que se alce sobre las empinadas cumbres o se esconda en la oscuridad de la selva el viejo dolmen tapizado de líquen por la acción de los años, hallará el etnólogo mujeres semejantes a la que voy a describir: de cumplida estatura, ojos garzos⁷ o azules, del cambiante azul de las olas del Cantábrico, cabello castaño, abundoso y en mansas ondas repartido, facciones de agradable plenitud⁸, frente serena, pómulos nada salientes, caderas anchas que prometen fecundidad, alto y turgido⁹ seno, redonda y ebúrnea¹⁰ la garganta, carnosos los labios,



moderado el reír, apacible el mirar. Es la belleza de la mujer gallega eminentemente plástica: consiste sobre todo en la frescura de la tez, blanca y sonrosada, no con la fría albura¹¹ de las inglesas, sino con esa animación que indica el predominio de la sangre sobre la bilis y la linfa, y en la riqueza y amplitud de las formas, que algunas veces se exagera y hace pesados sus movimientos y plauturosa¹² en demasía su carnación. No arde en sus ojos la chispa de fuego que brilla en los de las andaluzas: su pie no es leve, ni quebrado su talle: mas en cambio el sol no logra quemar su cutis, y sus mejillas tienen el sano carmín del albaricoque maduro y de la guinda temprana.

Siempre que cruzo, en los flemáticos coches de la llamada diligencia, el trecho que separa a Lugo de León, me entretengo considerando el íntimo enlace que existe entre la tierra y la mujer, la relación que guardan los paisajes con las figuras que los animan. Conforme va quedándose atrás la provincia gallega, cesan de ser verdes los vallecillos, y herbosos los prados, frecuentes los arroyos: bórnanse los manchones de castaños, olmos y nogales, desaparecen las blancas manzanillas y los amarillos tojos, y se presentan interminables y paradas llanuras, escuetas montañas salpicadas de fragmentos de granito, o revestidas de negruzcas láminas de pizarra. Las últimas mujeres que recuerdan a Galicia son las que salen a ofrecer al viajero el vaso de aromática leche de vaca: mozas sucias, desgredadas, maltraídas por la intemperie y el trabajo, pero femeniles aun en su hechura, tratables en sus carnes y no sin cierta lozanía en el rostro.



I

'La gallega'

Ilustración de Labarta e Fusté para "La Gallega" de E. Pardo Bazán,
en *Las mujeres españolas, americanas y lusitanas pintadas por si mismas*, Barcelona, 1880-82.

LA GALLEGA

Corridas algunas leguas más, al entrar por las poblaciones del territorio leonés, asómanse a las ventanas o salen por las puertas de las casuchas terrizas, mujeres de enjuta piel pegada a los huesos, semblantes de recias y angulosas facciones, de color de arcilla o ladrillo, cual si estuviesen amasadas con el árido terruño o talladas en la dura roca de las sierras.¹³

No desmiente la mujer gallega las tradiciones de aquellas épocas lejanas en que, dedicados los varones de la tribu a los riesgos de la guerra o a las fatigas de la caza, recaía sobre las hembras el peso total, no sólo de las faenas domésticas, sino de la labor y cultivo del campo¹⁴. Hoy como entonces, ellas cavan, ellas siembran, riegan y deshojan, baten el lino, lo tuercen, lo hilan y lo tejen en el gimiente telar: ellas cargan en sus fornidos hombros el saco repleto de centeno o maíz, y lo llevan al molino: ellas amasan después la gruesa harina mal triturada, y encienden el horno tras haber cortado en el monte el haz de leña, y enhornan y cuecen el amarillo torterón de borona o el negro mollete¹⁵ de mistura. Ellas, antes de que la pubertad desarrolle y ensanche su cuerpo, llevan en brazos al hermano recién nacido, que grita que se las pela: ellas, rústicas zagalas¹⁶, apacentan el buey y comprimen los gruesos ubres de la vaca para ordeñarla: y cuando ven colmado un tanque de leche cándido y espumoso, en vez de beberla, con sobriedad ejemplar y religioso cuidado colocan el tanque en una cesta de mimbres que acaban de llenar con un par de pollos atados por las patas, cosa de dos docenas de huevos, un rimero¹⁷ de hojas de berza y tres o cuatro quesos de tetilla, y sentando en la cabeza la cesta, dirígense al mercado de la villa más próxima, donde venden sus artículos regateando hasta el último miserable ochavo. Así vive la mujer gallega, afanándose sin tregua ni reposo, luchando cuerpo a cuerpo con el hambre que le acecha para colársele en casa y sentársele en mitad de la piedra del lar humilde. Pobre mujer que de todos es criada y esclava, del abuelo grañón¹⁸ y despótico, del padre mujeriego y amigo de andar de taberna en taberna, del marido brutal quizás, del chiquillo enfermizo que se agarra a sus faldas lloriqueando, de la vaca ante la cual se arrodilla para ordeñarla, del ternero, al cual trae en el regazo un haz de yerba, del cerdo para el cual cuece un caldo no muy inferior al que ella misma come, de la gallina a la cual atisba para recoger el huevo que cacarea, y hasta el gato, al cual sirve en una escudilla de barro las pocas sobras del frugal banquete.

Mientras la gallega permanece en estado de soltería, aún es tolerable la no escasa ración de trabajo

que le toca, pero al casarse empeora su situación. Solo el imperioso mandato de la naturaleza, la ley que fuerza al germen a brotar, a espigar a la mies, al árbol a rendir su fruto y a la materia toda a sacudir la inercia y animarse, puede obligar a la mujer gallega a constituir una familia¹⁹. Damas del gran mundo, vosotras para quienes el tapicero viste de seda las paredes de la alcoba nupcial, y los dedos ágiles de la modista combinan artísticamente ricas estofas en los trajes de gala; voy a referiros cómo está decorada la vivienda de la novia gallega, y a pintaros su ajuar. Entrad en la casa: el piso es de tierra húmeda y desigual; el techo a telavana, por donde muy a su sabor se introducen agua y ventisca; en los ángulos hay colgaduras de primoroso encaje que laboran las arañas: la alfombra compónela algún tronco de col alternado con vainas de habas, hojas secas de maíz y esccremento de animales domésticos. Sobre la losa del hogar prende de la férrea cramallera²⁰ el negro pote: en el rincón reluce la tapa de la artesa bruñida de tanto pan como sobre ella amasaron y se ve la maciza arca apollada, depositaria del *frousseau*, que llegará a un repuesto de tres camisas de lienzo moreno y gordo, y algún mandilón de burdo picote. El tálamo conyugal lo hacen cuatro tablas sin cepillar, formando una como caja pegada a la pared y abierta por donde es preciso que lo esté para poder dar ingreso a sus ocupantes. Dos pasos más allá asoman la cabeza terneras y bueyes, que con ojazos tristes contemplan a los novios, y con prolongados mugidos le cantan el epitalamio²¹, mientras las gallinas escarban el suelo en derredor y el cerdo gruñe hozando contra el techo.

Es verdad que el festín de bodas fue lucido: sopa de fideos muy azafranada, bacalao y carne a discreción, vino a jarros, pucheros de arroz con leche a calderadas, pan de trigo y añejos dulces de hojaldre. Pero después de tan babilónico regodeo, en la mañana en que los germanos solían hacer a sus desposadas un don, la gallega salta descalza del lecho y enciende la lumbre, y echa en la oscura concavidad del pote los ingredientes del caldo, y equilibra en su cabeza la sella para ir a la fuente por agua. Y son éstos los más llevaderos de sus deberes y afanes. Impónole la naturaleza un hijo por año, como impone su cosecha anual a la campiña: y si en los primeros meses de la gestación, período de languidez tan inevitable y profundo, la gallega trabaja, según frase del país *coma unha loba*²², en los últimos, abultada y pesadísima, tragina más si cabe, y a veces el trance terrible le sorprende camino de la feria, o en el monte partiendo el espino-so tojo: a veces suelta la hoz de segar, o la masa de la

LA GALLEGA

borona, para oprimir el talle en la primer explosión de dolor materno, y quizás el inocente ser ve la luz al pie de un vallado o en plena carretera, y metido en la propia cesta y envuelto en el mantelo de su madre entra en el domicilio paternal: pero al venir al mundo así como por casualidad, halla la tierna criatura dispuesto el seno pródigo que ha de alimentarla; la gallega tiene de sobra licor de vida con que atender a sus hijos, amén de los ajenos que suele encargarse de amamantar, oficio que desempeña con no menos felicidad que las amas pasiegas. Así es que la semblanza de la mujer gallega puede bosquejarse suponiéndola rodeada de sus hijuelos como la gallina de su echadura, llevando de la mano un rapaz de siete años, asidas del refajo dos o tres mocosos poco menores en edad, colgado del ubérrimo seno un mamón de doce meses, y sintiendo acaso en lo más íntimo de su organismo el vago estremecimiento de otra nueva vida, de otro ser que se forma en sus entrañas.²³

Bien merece, bien merece disfrutar de un poco de solaz esta paridora y criadora y madraza mujer gallega: dejadla, dejadla que el día del santo patrón del lugar, o en la primavera y deliciosa noche de San Juan, o cuando las primeras castañas estallan al calor de la alegre hoguera y el mosto remoja el gaxate de los vendimiadores, ella también se divierta y pegue un par de brincos a la sombra del nocedal o del castañar hojoso. Dejadla que lave rostros y pies en la pública fuente o en el regato que atraviesa su huerto, y peine y alise sus dos trenzas, uniéndolas por las puntas, y vista el gallo traje de las ocasiones solemnes.

Si ha nacido en la Mahía²⁴, en alguno de los fértiles valles que cercan a Iria Flavia y Compostela, ceñirá a su cabeza con cinta de vivos tonos la linda cofia de puntilla transparente. Si en el Ribero de Avia, o en las cercanías de Orense, llevará el pañolito de seda oscura, que realza la suave palidez del rostro oval, y abrochará atrás el brevísimo dengue con dos conchitas de plata. Si vio la luz en las poéticas orillas de las Rías Bajas o en Muros, vestirá el rico atavío que enamora cuantos lo ven: basquiña de claros matices, corpiño de negro raso, ancho mantelo de brillante sedán franjeado de panilla y recamado de azabache, pañuelo de crespón color lacre o canario, cuyos flecos caen acariciando la cadera airosa, como las ramas del sauce sobre el tronco; rodearán su garganta pesados collares de filigrana de oro, hilos de cuentas, y de su menu-

da oreja colgarán largos zarcillos y sobre el pecho refulgirá la patena²⁵, conocida por sapo. Pero aun cuando presumen con razón las muradanas, por su elegante arreo, de llevarse la palma de Galicia, pienso que el traje clásico de gallega es el usado por las mujeres de mi país, las mariñanas. Lucen éstas dengue de escarlata orlado de negro terciopelo y sujeto atrás con plateado broche; el justillo, de fuerte drogue, se escota sobre la chambra de lienzo con flojas mangas y puños de curiosa manera fruncidos; el soberbio mantelo no cede en riqueza a otro alguno, y se ata atrás con cintas de seda de charros colorines; bajo la franja del mantelo se ve media cuarta de saya de grana, y se entrevé un dedo de refajo de amarilla bayeta, y el zapato de cuero con lazadas de galón azul; ciñe su cuello la gargantilla de filigrana, y cubre sus hombros el pañuelo de blanca muselina, prolijamente rameado. Cuando con estas bizarras ropas salen a bailar la tradicional muiñeira, danza nacional desde mucho antes de los remotos tiempos en que guerrillas gallegas y lusitanas auxiliaban a Aníbal y contrastaban el poder de Roma... es imposible imaginar más regocijado y pintoresco golpe de vista: pasan las mujeres, bajos y entornados los ojos, la trenza al viento, arrebolada la tez, movido el dengue por la oscilación del seno, rozando unas con otras las yemas de los dedos, el pie hiriendo blandamente la tierra, en cadencioso girar, arremolinándose a cada vuelta del cuerpo las sayas multicolores, mientras la gaita exhala sus sonidos agrestes y melancólicos, graves o agudos, pero siempre penetrantes, y el tamboril apresura la repercusión de sus notas secas y estridentes, y la pandera lanza sus carcajadas melodiosas, y los cohetes aran con surcos de luz el cielo y caen disolviéndose en lágrimas de oro.

Pero cada día escasea más este espectáculo. Trajes, danzas, costumbres y recuerdos van desapareciendo como antigua pintura que amortiguan y borran los años. A la muiñeira sustituye el agarradiño, grotesca parodia de la polka húngara y del wals germánico; a las sayas de grana y bayeta, el faldillín de estampado percal francés; al dengue el manto; a las trenzas, la moña tamaña como un rosquete de pan; al villanesco zapato de cuero la botita de rusel... y en breve será preciso internarse hasta el corazón de las más recónditas y fieras montañas para encontrar un tipo que tenga color y sabor genuinamente regional.²⁶



¹ Artigo incluído na excelente colección de tipos femininos titulada *Las mujeres españolas, americanas y lusitanas pintadas por sí mismas. Estudio completo de la mujer en todas las esferas sociales. Sus costumbres, su educación, su carácter. Influencia que en ella ejercen las condiciones locales y el espíritu general del país a que pertenece. Obra dedicada a la mujer por la mujer y redactada por las más notables escritoras hispano-americano-lusitanas, bajo la dirección de la señora Dña. Faustina Saez de Melgar e ilustrada con multitud de magníficas láminas dibujadas por D. Eusebio Planas*: Biblioteca Hispano Americana, Barcelona. Establecimiento tipográfico-editorial de Juan Pons, s.d. Non obstante, aínda que a colección carece de datos sobre o ano da publicación, as ilustracións van datadas no 1880, 1881 e 1882, ao tempo que Victorino Novo advirte no prólogo do seu *Album de Galicia* que este artigo é posterior á idea de Jesús Muruáis de publicar *Los gallegos pintados por sí mismos* e independente dese proxecto. Véx. tamén, *El Eco de Galicia*, A Habana, 9 de setembro de 1883.

En canto á afección da Condesa polo costumismo de tipos, non hai máis que lembrar aquí algúns dos seus artigos descritivos máis sobranceiros como poden ser "La cigarrera", "El cacique" ou mesmo a súa participación na *Menestra de tipos populares* de Guisasaola pintando a figura do personaxe coruñés "Gatuta".

Obviamente, cómpre lembrar a loita feminista da Pardo Bazán posta de manifesto en numerosos escritos en favor dos dereitos da muller, como a comunicación presentada ao *Congreso pedagógico hispano-portugués-americano* de 1892 titulada "La educación del hombre y la mujer: sus diferencias" (*La mujer española*, Madrid, 1976) -defendendo o acceso da muller ao coñecemento, mesmo sobrepasando algunhas posturas conservadoras posteriores como a manifestada por Francisca Herrera Garrido, para quen esa educación era fundamentalmente concebida en función da condición de nai e de esposa-; no mesmo ano, comezaría a publicarse baixo a súa dirección a *Biblioteca de la mujer*, elaborando prólogos para a *Vida de la Virgen María* de sor María de Agreda e mais para *La esclavitud femenina* de John Stuart Mill (Madrid, Agustín Avrial, 1892). Lembremos as palabras de Benito Varela Jácome a propósito da novela *La Tribuna* (Madrid, Ed. Cátedra, 1975, páx. 49): "Pardo Bazán se muestra decidida defensora del trabajo y la educación en el sector femenino. Coincide con la pensadora ferrolana Concepción Arenal, al denunciar la falta de instrucción laboral en la mujer, al propugnar la doble misión de «madre y trabajadora», ou o recoñecemento explícito de Ana Rosa Rodríguez (*La cuestión feminista en los ensayos de Emilia Pardo Bazán*, A Coruña, Edición do Castro, 1991, páx. 195): "La lucha emancipadora de la mujer española iniciada en la centuria pasada aún se mantiene efervescente en nuestros días, formando Emilia Pardo Bazán una parte ineludible del movimiento feminista español junto con Fernán Caballero, Gertrudis Gómez de Avellaneda y Rosalía de Castro". Cf. o conto da Condesa titulado "Madre Gallega" (*Blanco y Negro*, Madrid, 1896, núm. 263).

A propia Condesa revelárase contra a manipulación interesada do pensamento feminista de Concepción Arenal ("La exposición de trabajos de la mujer", *Nuevo Teatro Crítico*, ano III, nº 27, marzo de 1893):

(...) juzgando por los extractos de los periódicos y por lo que en éstos se ha dicho de doña Concepción Arenal con ocasión de su muerte, advierto la tendencia a prescindir de las ideas emancipistas que la ilustre señora había

llegado a formarse; a no nombrarlas, a esconderlas como un delito... y el empeño pueril de retratarla consagrada a las que en los padrones y cédulas de vecindad se llaman por antonomasia labores de su sexo, haciendo de la autora de *La mujer de su casa* un tipo de esos que ella misma calificó de ideal erróneo. (...) las ideas de doña Concepción Arenal respecto a la mujer merecían capítulo aparte en las tales Conferencias, con mayor motivo que las penitenciarias (...)

e mesmo confesa a súa frustración respecto ao criterio dominante sobre a condición da muller ("Una opinión sobre la mujer", ob. cit., ano II, nº 15, marzo de 1892):

(...) yo he procurado saber lo que se piensa en Europa respecto a los problemas que entraña la educación y condición social, jurídica, política y económica de la mujer. Pues bien: cada opinión española que leo me deja fría, causándome un desahiento infecundo y amargo (...)

Carmen Blanco (*O contradiscurso das mulleres*, Vigo, Ed. Nigra, 1995, páxs. 65-66) salienta a actitude compensatoria da Real Academia Galega ao nomear Académica de Honor e Presidenta Honoraria á Condesa de Pardo Bazán, fronte á hostilidade antifemista revelada pola súa homónima española, así como o apoio prestado á Condesa neste conflito por parte do nacionalismo progresista representado por Ramón Vilar Ponte: esta mesma autora conforma a seguinte tríada ao facer historia do feminismo decimonónico (*Literatura galega da muller*, ed. cit., páx. 27):

(...) cando se fai a historia da polémica feminista no estado español, sempre se cita como figuras simbólicas do feminismo decimonónico á xurista Concepción Arenal e á escritora Emilia Pardo Bazán, pero nunca a Rosalía. Se ben é certo que as dúas primeiras participaron máis aberta e significativamente no debate que a última, non podemos esquecer que Rosalía contribuíu tamén. Ademais, en moitos aspectos, as súas aportacións están máis próximas ás preocupacións da controversia feminista actual que as da Pardo Bazán e, sobre todo, que as de Concepción Arenal. Rosalía non foi unha política feminista pero integrou moitas das ideas liberadoras propias de dita corrente na súa obra (...)

Ao respecto, véx. tamén: Carmen Blanco, "Sobre o feminismo literario de Rosalía de Castro", *Andaina*, nº 20, 1990, páxs. 27-30.

² Sen dúbida, a autora fai referencia á comedia de Tirso de Molina titulada *La gallega Mari-Hernández*, escrita en 1625 e representada por Vallejo no Real Palacio o 24 de abril do mesmo ano. Sobre esta obra, o biógrafo Muñoz Peña opina o seguinte: "no es sólo la mejor de las creaciones de Tirso, sino que dudamos que haya otra en todo el teatro español tan genial y de tanta transparencia artística, tan arrogante y que tanto interés nos inspire" (véx. Colección Austral, nº 442, Bos Aires, Espasa-Calpe, 1944).

³ No cadro segundo do primeiro acto, Tirso introduce a seguinte escenografía: "Campo en el valle de Limia, con unas peñas en el fondo". Xustamente alí, prodúcese a aparición de Mari-Hernández: "Salen arriba, por las peñas, MARIHERNÁNDEZ y DOMINGA, con vestido y tocado a lo gallego".

⁴ Véx. as tenras palabras coas que a protagonista pecha a comedia de Tirso, antes de baixar o telón:

Amor arraigó en mi pecho:
y pues la ventura llega

a un corazón satisfeito.
olvida el mal que le has hecho
Mari-Hernández la gallega.

⁵ Tal é o sentimento de vinganza hacia Don Álvaro que preside as palabras de Mari-Hernández no acto terceiro da mentada obra:

Saca la espada otra vez,
mudable, y no me agradezcas
cortesías obligadas
del natural que me esfuerza.
Sólo a darte muerte vine,
y no quiero yo que tengan
parte en mi venganza otros:
que así menos nobles fueran.
Traidores castigué muchos...
Mudables ahora intenta
castigar mi justo enojo.
Saca la espada. ¿Qué esperas?

⁶ "Y el territorio propiamente céltico, o sea Asturias y Galicia, tan semejantes por su clima y su naturaleza a las provincias vascas, produce, a causa de la diferencia de raza, una mujer que forma con la eúskara perfecto contraste. La mujer galaico-asturiana es de tierno corazón; la política no le quita el sueño, ni le importa nada que se modifique el código fundamental, ni que nos manden Don Carlos o Alfonso XIII. Apasionada de sus hijos, no los inmolaría en aras de ninguna idea social; y en cuanto a insensibilidad amorosa, baste decir, como único dato, que es raro que una aldeana vaya al altar sin haber dado al mundo prole. Conviene también advertir que, realizando el programa de Juan Jacobo Rousseau, las aldeanas de este grupo son libres en sus costumbres mientras no llega la hora de casarse, pero después guardan fidelidad a sus maridos." (E. Pardo Bazán: "El Pueblo". *La España Moderna*, ano II, nº XX, agosto de 1890). Neste senso, a Condessa sempre coincidiu cos krausistas, presididos por Gumersindo de Azcárate, á hora de establecer unha mesma medida para a moral do home e da muller, ou mesmo de propoñer abertamente o amor libre fronte aos convencionalismos sociais.

⁷ *garzos*: de cor azulada.

⁸ A Condessa establece un curioso contraste entre a muller galega, a asturiana e a vasca: "Mientras la mujer de Asturias y Galicia presentan contornos redondeados, fresca encarnación y facciones de gracioso diseño, la mujer vasca es algo dura y angulosa de líneas, y en su frente y en sus pómulos se lee una tenacidad inquebrantable. Limpia, activa, seria, su honestidad parece temperamental, pues hay quien afirma que muchas campesinas eúskaras son enteramente insensibles a la pasión amorosa" ("La mujer española", loc. cit.).

⁹ *turgido*: túrxido, turxente, avultado, prominente.

¹⁰ *ebúrnea*: branca coma o marfín.

¹¹ *albura*: branca.

¹² *plauturosa*: enérxica, apaixonada, impetuosa: do autor cómico latino Plauto, en razón do seu estilo metafórico, da verbosidade na linguaxe e do xenio no uso das figuras retóricas.

¹³ Dona Emilia describe o tipo clásico da muller española como ignorante, destra nos traballos manuais e excesivamente beata, culpando ao home do inmobilismo social que

aqueixa á condición feminina (Véx. "La mujer española", loc. cit.). En calquera caso, apréciase a cordial identificación da autora coa paisaxe galega, unha natureza exuberante que se comprace en describir en cada unha das súas novelas.

¹⁴ "(...) la labor agrícola, al menos en la zona del noroeste, si no recae exclusivamente sobre la mujer, por lo menos la lleva a medias con el hombre. En mi país la mujer ara, cava, poda, siega, riega, hace leña, arrastra tierra y piedra, ¡y hasta la rompe para formar la caja de las carreteras! faena durísima, que aflige ver confiada a mujeres. También recoge, bate y blanquea el lino, desgrana el maíz y pisa el tojo; lo que no hace es majar: trabajo reservado al varón". (E. Pardo Bazán. *La mujer española y otros artículos feministas*, selección y prólogo de Leda Schiavo, Madrid, Editora Nacional, 1976, páx. 165). Cf. M. Murguía ("La mujer de Orense"):

(...) la gallega no teme la falta del hombre, pues sabe vivir sola y llevar por entero sobre sí el peso del diario trabajo. No se extraña, pues, que allí donde la mujer no necesita del apoyo del hombre para vivir, ésta sea independiente (...)

¹⁵ *mollete*: molete, pan pequeno habitualmente de trigo.

¹⁶ *zagalas*: mancebas, mozas fortes e coraxudas. Lembremos o pensamento da Pardo Bazán, verdadeiramente antirrosaliano, no senso de que "la aldea, cuando se cría uno en ella y no sale de ella jamás, envilece, empobrece y embrutece". Aínda na actualidade, un 36% das explotacións agrarias galegas -maioritariamente pequenas ou residuais- teñen a unha muller como titular das mesmas, sendo máis dun 7% analfabetas e dedicándose preferentemente aos labores de recolleita da froita e de plantación, en tanto que máis da metade da poboación feminina non cotiza persoalmente á Seguridade Social.

¹⁷ *rimero*: pila ou montón formado por elementos superpostos ordenadamente, mañuzo, presada.

¹⁸ *grañón*: garañón, griñón, marañón.

¹⁹ A autora diferencia entre a muller popular que ten que gañarse a vida para sosterse e a muller burguesa que considera unha obriga do marido mantela e que renuncia á independencia económica ("La mujer española: III- La clase media", en *La España Moderna*, ano II, nº XIX, julio de 1890):

Hoy por hoy, existe entre la mujer de la clase media y la del pueblo español este abismo profundo: la del pueblo tiene la noción de que debe ganar su vida: la burguesa cree que ha de sostenerla exclusivamente el trabajo del hombre. De aquí se origina en la burguesa mayor dependencia, menos originalidad y espontaneidad. La mujer del pueblo será una personalidad ordinaria, pero es mucho más persona que la burguesa.

De calquera xeito, Emilia Pardo Bazan -en *La mujer española y otros artículos feministas*, ed. cit., páxs. 28-29- constata a irremediable evolución histórica do que considera o arquetipo da muller hispana:

El tipo de la española antes de las Cortes de Cádiz ha llegado a ser clásico, tan clásico como el garbanzo y el bolero. Esta mujer neta y castiza no salía más que a misa muy temprano (pues, según el refrán, la mujer honrada, la pierna quebrada). Vestía angosta saya de cúbica o alepín: pañolito blanco sujeto con alfiler de oro; basquiña de terciopelo; mantilla de blonda, y su único lujo -lujo de mujer emparedada que no anda nunca-, era la media

de seda calada y el chapín de raso. Ocupaba esta mujer las horas en labores manuales, repasando, calcetando, aplanchando, bordando el bastidor o haciendo dulce de conserva: zurcía mucho, con gran detrimento de la vista -todavía en mi niñez me enseñaba mi madre, como trabajo de mérito, unas almohadas zurcidas por mi bisabuela, donde casi los zurcidos formaban un tejido nuevo-. Esta mujer, si sabía de lectura, no conocía más libros que el de Misa, el Año cristiano y el Catecismo, que enseñaba a sus hijos a fuerza de azotes; porque el azotar a los chicos era entonces una especie de rito, del cual no sería correcto prescindir, según lo de *qui diligit filium, assiduat illi flagella*. Esta mujer guiaba el rosario, a que asistían todos los criados y la familia; daba de noche la bendición a sus hijos, que le besaban la mano, aunque peñasen barbas o estuviesen casados ya; consultaba los asuntos domésticos con algún fraile, y tenía recetas caseras para todas las enfermedades conocidas. Tan genuina figura femenil no podía menos de desaparecer al advenimiento de la sociedad moderna.

"El error fundamental que vicia el criterio común respecto de la criatura del sexo femenino (...), es el de atribuirle un destino de mera relación: de no considerarla en sí, ni por sí, ni para sí, sino en los otros, por los otros y para los otros (...) si la mujer nació para esposa de su esposo y madre de sus hijos, no creemos que para esposo de la mujer y padre de esos mismos hijos haya nacido el caballo de Semiramis o el toro de Pasifae (...) (E. Pardo Bazán, *ibíd.*, páxs. 158-159). Sobre a infravaloración da carga laboral da muller, especialmente nas economías de subsistencia e nos programas de desenvolvemento destinados a aliviar a pobreza, véx. Jodi L. Jacobson: *Discriminación de xénero. Un obstáculo para un desenvolvemento sostíbel*. Cuadernos Worldwatch, Bilbao, Bakeaz, 1995.

²⁰ *cramallera*: gramalleira.

²¹ *epitalamio*: composición lírica propia da voda.

²² Comp. a reflexión materialista de M^a Xosé Queizán a propósito da escravitude feminina en Galicia (*Recuperemos as mans*. Santiago de Compostela, Ed. do Cerne, 1980, pág. 12):

O traballo da muller tamén é considerado "natural", como un destino ou unha predisposición. Todas as características que se aplican ás mulleres están baixo o ton do natural. É natural o amor aos fillos (o contrario é unha nai desnaturalizada), é natural o amor ao home, é natural a produción dos nenos, é natural o traballo doméstico. Pero nada disto é natural e todo está sumido a un rixido control. Trata-se de producións regradas pola sociedade de homes. A muller ve-se incapacitada, xa por meios coercitivos e penais (condena do aborto, etc.), xa por lavados de cerebro ideolóxicos (idealización do papel da nai e santa esposa e ama de casa perfecta...) para dispor do seu propio corpo.

²³ Na maior parte de Galicia non se constata a práctica do control da natalidade ata despois da Guerra Civil do 36, documentándose entre a muller peninsular dos séculos XVIII e XIX unha media de cinco ou seis fillos.

"En gran proporción del territorio español, la mujer ayuda al hombre en las faenas del campo, porque la igualdad de los sexos, negada en el derecho escrito y en las esferas donde se vive sin trabajar, es un hecho ante la miseria del labrador, del jornalero o del colono. En

mi país, Galicia, se ve a la mujer, encinta o criando, cavar la tierra, segar el maíz y el trigo, pisar el tojo, cortar la hierba para los bueyes. Tan duras labores no levantan protesta alguna entre los profundos teóricos de la escuela de monsieur Prudhomme, que, apenas se indica el menor conato de ensanchar las atribuciones de la mujer en otras esferas, exclaman llenos de consternación y santo celo «que la mujer no debe salir del hogar, pues su única misión es cumplir los deberes de madre y esposa». El pobre hogar de la mísera aldeana, escaso de pan y fuego, abierto a la intemperie y al agua y al frío, casi siempre está solo. A su dueña la emancipó una emancipadora eterna, sorda e inclemente: la necesidad." (E. Pardo Bazán, "El pueblo", ed. cit.)

A Condessa de Pardo Bazán rexeita a tese de Rousseau segundo a cal o papel que lle corresponde á muller nas funcións reproductivas determina o seu rol de por vida ("La educación del hombre y de la mujer. Sus relaciones y diferencias", en *Nuevo Teatro Crítico*, ano II, nº 22, outubro de 1892):

Es preciso además considerar serenamente la cuestión de la maternidad. La maternidad es función temporal: no puede someterse a ella entera la vida. La protección a que tiene derecho el niño no ha de prolongarse más allá de la niñez. Además de temporal, la función es adventicia: todas las mujeres conciben ideas, pero no todas conciben hijos. El ser humano no es un árbol frutal que sólo se cultive por la cosecha.

Ao respecto, M^a Xosé Queizán (*Recuperemos as mans*, ed. cit., pág. 11) retoma esta importante cuestión desde o feminismo de clase:

Como en todos os casos de explotación, para que as mulleres aceptemos sen protestos a inxustiza, fai-se unha idealización da maternidade e do papel de nai abnegada, doce e sufrida. Portanto, a reivindicación da maternidade por parte das mulleres facendo que se recoñeza o seu valor real non ten nada que ver coa idealización, en función da propiedade allea, que se fai da Nai e da maternidade como algo "natural", sublime, mitificado e afastado da realidade. (...) A nosa acción será renegar da idealización maniqueísta do rol de nai e ao mesmo tempo reivindicar a produción dos nenos, o seu valor e prestíxio, para chegar a abolir a patria potestade masculina.

²⁴ Esta fermosa comarca comprende os concellos de Ames, Brión, A Baña e Santa Comba, formando parte do partido xudicial de Negreira. O atractivo das súas paisaxes e o tipismo dos seus costumes son dous dos principais reclamos que ofrece tradicionalmente a Mahía.

²⁵ *patena*: medalla peitoral.

²⁶ Neste último párrafo, a autora sintetiza a filosofía fundamental do movemento costumista decimonónico, cal é o propósito de reafirmar os aspectos máis pintorescos do propio país fronte á crecente invasión de modelos estranxeiros: a Pardo Bazán asume ese saudoso sentimento provocado polo desmoronamento e desaparición dos antigos modos de vida, ao tempo que procede ao descubrimento da realidade inmediata para o cultivo literario, ofrecendo un derradeiro testemuño nostálgico do pasado colectivo.

(...) creo que en todos los países sucederá otro tanto, y que los tipos étnicos más puros, así en lo físico como en lo moral, en el pueblo se conservan, y, sobre todo, en la

NOTAS

mujer del pueblo. Adviértese, no obstante, una gran diversidad entre la mujer del pueblo ciudadana y la campesina; y dada la inmensa diferencia que existe entre provincia y provincia peninsular, bien puede afirmarse que en España coexisten diez o doce tipos populares femeniles, cuando menos. (E. Pardo Bazán, "El pueblo", ed. cit.)

Aún así, para Leda Schiavo (prólogo a *La mujer española y otros artículos feministas*, 1976, pág. 19) o sentimiento da

Pardo Bazán cara a muller popular está mediatizado pola lente do pintoresquismo costumista, facéndoa depositaria de certas virtudes prototípicas:

La mujer de pueblo carece de los tabúes que obligan a la "señorita burguesa" a morir de hambre en casa, esperando la aparición salvadora de un novio; las muchachas aldeanas, las obreras de las ciudades, trabajan a la par del hombre porque la necesidad ha igualado los sexos.

